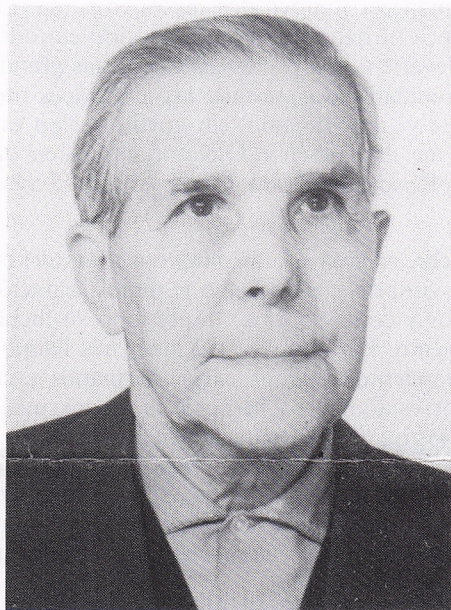


COLEGIO SALESIANO SAN MIGUEL ARCANGEL

Repullés y Vargas, 11 (Paseo de Extremadura) - 28011 Madrid



*Queridos hermanos:*

El día 29 de octubre, a las tres en punto de la madrugada, moría, con el rosario entre las manos y habiendo recibido poco antes la bendición de María Auxiliadora, nuestro hermano coadjutor

## Don Lorenzo Hernández Martín

«Le he pedido varias veces a Dios que me lleve cuanto antes. Lo importante no es vivir muchos años, sino amar a Dios y morir preparado. También le he pedido morir sin dar nada de guerra a los hermanos y estoy seguro de que Dios me va a escuchar.» Estas palabras tuyas parecen proféticas, porque Dios las escuchó haciéndolas realidad.



El señor Lorenzo —así le llamábamos familiarmente— hacía una vida normal en la Comunidad, a pesar de sus 88 años de edad, el más veterano de nuestra Inspectoría. El día 17 salía de la parroquia de asistir a la Eucaristía, como todos los días, y, después de tropezar, cayó al suelo. Fue trasladado al I.C.E. de la calle de San Bernardo y diagnosticaron rotura doble de pelvis. Le internaron en la residencia Virgen del Mar, donde estuvo una semana. La cosa no parecía grave como para pensar en un final tan inmediato. Los médicos le dieron el alta para permanecer inmóvil dos meses en cama. Los hermanos de la Comunidad nos fuimos turnando para estar asistido en todo momento. Vimos la conveniencia de llevarle a una residencia, dadas las grandes dificultades que teníamos en la Comunidad para prestarle las atenciones necesarias. El mismo día del traslado ya le vi más decaído, sin apetito y con una respiración más fatigosa. El mismo me dijo: «Señor Director, no sé en qué terminará todo esto.» Ingresó en la Residencia Beata María Ana de Jesús, de las Hermanas Hospitalarias.

El sábado por la noche, su sobrina salesiana nos avisó del empeoramiento que había notado al ir a visitarle y el domingo le dimos la unción de los enfermos, rodeado de hermanos y de su sobrina. Impresionó su lucidez y su fervor durante todo el sacramento. Por la noche del lunes nos llama de nuevo su sobrina por otro empeoramiento. Salimos varios hermanos y cuando llegamos lo encontramos en peor estado, pero ni nosotros ni los médicos, así como las hermanas, pensábamos que estaba para morir. Permanecimos a su lado y le di la bendición de María Auxiliadora. Poco después moría en la paz del Señor, sin quejarse, apagado como una luz que se extingue; una simple reclinación de cabeza nos indicó que nuestro hermano había muerto: sin apenas enfermedad, sin dar que hacer a los hermanos, como había pedido tantas veces al Señor.

Había nacido el señor Lorenzo en El Manzano, pueblecito extendido en los campos charros, el 2 de julio de 1898. Sus padres, Manuel e Isabel María, constituían un matrimonio cristiano y toda la familia vivía en su hogar la fe sencilla, pero robusta, que inculcaban a los ocho hijos con los que Dios había bendecido su amor.

Esta fe familiar hizo que tres de sus hijos abrazaran la vida religiosa salesiana: Honorio, el mayor, que moría en los primeros días de la guerra del 36, siendo subdiácono; Eusebio, que murió hace poco más de un año en nuestra casa de Carabanchel después de pasar 45 años en Sudamérica, y Lorenzo, el cuarto de sus hermanos.

Su vocación la sintió ya de mayor, al finalizar su servicio militar y después de intervenir en la guerra de Africa. Los horrores y de lo que allí pasó todos se lo oímos contar un sinfín de veces, ya que se le había quedado grabado en su cabeza como una cinta magnetofónica. Su hermano Eusebio llevó a Lorenzo al aspirantado de Campello y el 1 de agosto de 1929 hacía su primera profesión religiosa. En 1933 se consagraba totalmente al Señor en Gerona.

Al finalizar la contienda civil fue requerido a nuestra Inspectoría, entonces Cél-



tica, por don Felipe Alcántara para encargarse de la granja y vaquería de Carabanchel. Allí permaneció durante 22 años, desempeñando estos cargos con un auténtico espíritu de alegría, cordialidad y buen temperamento. Un hermano que le conoció en estos años difíciles me escribe: «Era un trabajador empuernido, sacrificado, levantándose a las cuatro de la madrugada para ordeñar; negociaba todo lo que podía para ayudar a la pobre economía de la Comunidad a base de cambiar, vender o comprar. Fue un verdadero puntal en aquellos tiempos difíciles de la posguerra. Su celo le llevaba hasta contar las nueces o las pasas en los platos de postre de los teólogos (¡ni una más ni una menos!). Recuerdo su buen humor, su rico anecdotario y hasta su buen talante y disposición para jugar con nosotros, los estudiantes de teología.»

El año 1961 va a Salamanca en el cambio de teologado y allí permanece hasta el cierre. ¡Otro racimo de años desempeñando el cargo de portero! Allí le conocí; destacaba por su fervor, humor y amistad con los estudiantes de teología, aun cuando manifestaba su disgusto por los nuevos cambios que se estaban produciendo.

Llega a esta Comunidad del Paseo de Extremadura en septiembre de 1977. Han sido nueve años de vida callada, de oración y de aceptación del dolor propio de los achaques de la ancianidad. A la hora de hacer una semblanza de su vida interior quisiera resaltar:

El señor Lorenzo era un salesiano coadjutor auténtico, de esa generación de salesianos recios por su vida interior sencilla, pero robusta. Espiritualidad fundamentada en la oración y en la vida sacramental, especialmente la reconciliación y la Eucaristía. Su afán era asistir a todas las misas que podía antes o después de su trabajo, y ya en los últimos años, a cualquier hora del día, acompañando al sacerdote que celebraba. Una a una las iba ofreciendo por sus intenciones personales, que no eran otras más que las de la Iglesia, la Congregación y la propia Comunidad.

Su devoción a Jesús Sacramentado era muy grande. Sus visitas y su preferencia por estar en la capilla, principalmente el Jueves Santo, que permanecía toda la noche en ella, más dormido que despierto, son gestos que indican su piedad eucarística.

Su devoción mariana la hacía consistir principalmente en el rezo del rosario. Era otro soporte de su vida religiosa. Sus últimos años madrugaba mucho y, sentado en su habitación o en la capilla, desgranaba avemarías hasta cuarenta rosarios, según le gustaba decir. También tenía una intención para cada uno, siendo el primero por los agonizantes, el Rector Mayor, Director y Comunidad, y así hasta que el sueño le vencía. Y cayó con su rosario entre las manos un día del mes del rosario. La Virgen, sin duda, fue su auxilio último en este paso al Padre.

Nadie piense que el señor Lorenzo sólo tenía virtudes; como todos, también cargaba con sus defectos, que los hermanos procurábamos disimular o sopor-

tar por su edad; pero, a pesar de todo, «ha sido un gran salesiano, fiel a lo esencial de la vida religiosa: su trabajo incansable, su piedad y su pobreza evangélica», como me escribía otro salesiano, y esto hace paliar esas limitaciones, tan propias de nuestra condición humana.

Don José Antonio Rico, en la homilía del funeral, ensalzaba esta figura de tan gran talla como persona, como religioso y salesiano coadjutor.

Quiero terminar con dos pensamientos suyos que he encontrado en unos escritos con motivo de unos Ejercicios Espirituales:

«Yo he venido a estos Ejercicios para hacer penitencia y reparar el pasado por la misericordia santa de Dios y reparar mis caídas para vivir con Jesús y más fácilmente conseguir la patria feliz de la vida eterna.»

Este pensamiento de la muerte y de la eternidad estaba muy presente en su vida callada y silenciosa o de trabajo cuando todavía podía. Pensamiento que la mayoría de las veces se hacía plegaria sincera:

«Condúceme por tus caminos, aunque sean pedregosos. En mi oscuridad y abatimiento, Jesús mío, condúceme, por medio de la cruz, al reino de la luz eterna.»

Al comunicaros su muerte, os pido un recuerdo en vuestras oraciones. Que su vida y su muerte nos ayuden a crecer personal y comunitariamente en nuestra vocación. Pidamos al Señor de la mies que envíe operarios a nuestra sementera salesiana para seguir siendo en la historia portadores de amor a los jóvenes al ejemplo de estos salesianos.

Tened un recuerdo en vuestra oración por esta Comunidad de San Miguel Arcángel, del Paseo de Extremadura, que ha sido la más afectada por la muerte del señor Lorenzo. Oración que llegue hasta mí en esta tarea de animar a los hermanos.

Vuestro afmo. en Cristo,

JULIÁN SÁNCHEZ MORA  
*Director*

DATOS PARA EL NECROLOGIO: Coadjutor: *Lorenzo Hernández Martín*, nacido en El Manzano (Salamanca), el 2 de julio de 1898; muerto en Madrid (Paseo de Extremadura), el 29 de octubre de 1986, a los 88 años de edad y 57 de profesión religiosa.